

La Ascensión del Señor

Jesús, fiel al amor hasta la muerte, ha sido glorificado con Dios para siempre, y nosotros lo admiramos y lo aplaudimos.

Nuestra débil raza humana, con Jesús, ha entrado en la vida de Dios.

Por eso, cualquier hombre y cualquier mujer tiene una dignidad divina.

Jesús va delante de nosotros, nos enseña a vivir la vida ahora, y nos llama a estar luego con él en su vida gloriosa.

A nosotros, como hicieron los apóstoles, nos toca, guiados por el Espíritu Santo, proseguir su obra.

Nuestra esperanza es compartir, ahora y por siempre, la misma vida de Jesús.



En mi primer libro, querido Teófilo, escribí todo lo que Jesús fue haciendo y enseñando hasta el día en que dio instrucciones a los apóstoles, que había escogido, movido por el Espíritu Santo, y ascendió al cielo.



Se les presentó después de su pasión, dándoles numerosas pruebas de que estaba vivo, y, apareciéndoseles durante cuarenta días, les habló del reino de Dios.

Una vez que comían juntos, les recomendó: “No os alejéis de Jerusalén; aguardad que se cumpla la promesa de mi Padre, de la que yo os he hablado. Juan bautizó con agua, dentro de pocos días vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo”.

Ellos lo rodearon preguntándole: “Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?”.

Jesús contestó: “No os toca a vosotros conocer los tiempos y las fechas que el Padre ha establecido con su autoridad. Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines del mundo”.

Dicho esto, le vieron levantarse, hasta que una nube se lo quitó de la vista.

Mientras miraban fijos al cielo, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: “Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que os ha dejado para subir al cielo volverá como le habéis visto marcharse”.

(Hechos de los Apóstoles 1,1-11)

Todos los años, en la solemnidad de la Ascensión del Señor, leemos el comienzo del libro de los Hechos de los Apóstoles, que es un libro que escribió san Lucas como continuación de su evangelio.

Este relato que nos presenta a Jesús subiendo al cielo lo encontramos también al final de los evangelios de Lucas (24,50-53) y de Marcos (16,19-20). En cambio, los evangelios de Mateo y de Juan no presentan esta escena. Pero todos, de un modo u otro, nos transmiten

lo mismo: que Jesús fue visto por sus discípulos después de su muerte en cruz, y que experimentaron que Jesús, como hombre, comparte ahora para siempre la vida de Dios. También experimentaron la llamada a proseguir su obra y a ser sus testigos con la fuerza del Espíritu Santo, y sintieron la gran alegría de saber que la condición humana comparte ya ahora la vida de Dios, de modo que todos los hombres y mujeres estamos llamados, más allá de este mundo, a llegar allí donde Jesús ya ha llegado.

Cuarenta días

El relato de la Ascensión explica que Jesús subió al cielo al cabo de cuarenta días de su resurrección. El número cuarenta, en la forma de expresarse de la cultura judía, significa un período largo (como los cuarenta años de Israel en el desierto o los cuarenta días de ayuno de Jesús). Siguiendo esta tradición, la fiesta de la Ascensión se celebraba cuarenta días después de la Pascua, es decir, el jueves después del sexto domingo de Pascua. Actualmente, sin embargo, al suprimirse en la mayoría de lugares la fiesta laboral del jueves, la Ascensión se celebra el domingo siguiente. Pero lo mismo da: lo importante es celebrar, con toda la alegría, lo que la Ascensión del Señor Jesús significa para nosotros cristianos.



En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

Que después de su resurrección
se apareció visiblemente a todos sus discípulos
y, ante sus ojos, fue elevado al cielo
para hacernos compartir su divinidad.
Por eso, con esta efusión de gozo pascual,
el mundo entero se desborda de alegría,
y también los coros celestiales,
los ángeles y los arcángeles,
cantan sin cesar el himno de tu gloria:
Santo, Santo, Santo es el Señor...

(Prefacio II de la Ascensión del Señor)